

Cincuenta años en compañía de *Cien años de soledad*

Gonzalo Celorio

En esta ponencia conmemorativa, Gonzalo Celorio evoca sus lecturas y la recepción de esa novela que habría de convertir a todos los latinoamericanos en habitantes de Macondo y se volvería una suerte de Biblia para ellos.

Leí por primera vez *Cien años de soledad* publicado por la Editorial Sudamericana, en un libro de cubierta azul, en la que una carabela colombina, sin ningún sustento de agua y sin ningún impulso de viento, se adentraba en las exuberancias de las selvas amazónicas. En contraste con esa tapa de espejismos tropicales, la página legal era tan desértica que ni siquiera advertía que se trataba de la primera edición de la obra, como si los editores no hubieran previsto que la novela, con un poco de suerte, podría alcanzar la gloria de la reimpresión. El libro se quedó adherido a mis manos sin que el sueño, el trabajo, el hambre, las incipientes púas de la barba pudieran sustraerme de la lectura, que se había echado a andar a toda carrera en la bicicleta de mis anteojos. El alucinante mundo imaginado en esas páginas, en el que Remedios, la bella, asciende al cielo en cuerpo y alma mientras tiende una sábana de bramante en el jardín de la casa; José Arcadio Segundo se vuelve invisible en la paciente habitación de Melquíades, el gitano trashumante, y los animales de Petra Cotes, émulo de la fogosidad desahogada de su dueña, se reproducen con ahínco, fue adquiriendo objetividad, no obstante, su manifiesta condición maravillosa, en el transcurso de mi lectura. En tanto, la otra realidad, la de este lado de la página

en la que solemos estar y tomar café y oír música; la realidad de mi cuarto, de mi cama, de mi mesa de trabajo, empezó a enrarecerse, a diluirse, a desdibujarse hasta que acabó por desaparecer. Con *Cien años de soledad* me sucedió lo mismo que a fray Luis de León con la música de Francisco Salinas, gracias a la cual, en palabras del poeta, “despiertan los sentidos, / quedando a lo demás adormecidos”. De buenas a primeras me vi a mí mismo viviendo en la casona de Macondo; deambulando, insomne, por el corredor de las begonias en el que Rebeca y Amaranta purificaban sus rencores; intentando ayudar a Úrsula Iguarán a buscar un objeto perdido, que ella, invidente, encontraba antes que yo, con las antenas de la memoria; visitando en su melancólico laboratorio al coronel Aureliano Buendía, aprisionado en el círculo vicioso de transformar monedas de oro en pescaditos de oro que vendía en monedas de oro para transformarlas en pescaditos de oro, y tratando de descifrar las sentencias latinas que profería el patriarca José Arcadio desde el castaño del patio al que permanecía amarrado, víctima de su propia lucidez. Al término de la lectura tuve la certidumbre de que el mundo creado por la febricitante pluma de Gabriel García Márquez era más nuestro que el que vivíamos cotidianamente. Que en él esta-

ban plasmados nuestras historias más arcanas, nuestros afanes más empeñosos, nuestras ensoñaciones más recurrentes.

Apenas publicada en mayo de 1967, *Cien años de soledad* pasó de los estudiantes universitarios y sus profesores al lector común, y fue leída por las secretarías, los oficinistas, las amas de casa, los médicos, los abogados, los dentistas y por quienes nunca habían leído un libro en su vida y después de *Cien años de soledad* se volvieron lectores consuetudinarios. Y se escribieron cientos de reseñas y artículos sobre la novela y se redactaron sesudas tesis doctorales a su propósito y se impartieron infinidad de cursos en los cuales los especialistas le aplicaron las metodologías de crítica literaria entonces en boga y, en muchas ocasiones, como lo temía Gaston Bachelard, explicaron la flor por el fertilizante: los estructuralistas montaron y desmontaron la obra como si se tratara de una carabina reglamentaria; los marxistas vieron en ella los signos de la lucha de clases y de la explotación imperialista en los países latinoamericanos, y los psi-

coanalistas diseccionaron al bicho raro que la había escrito y le diagnosticaron todo género de obsesiones y delirios. Y se hicieron decenas de ediciones de la obra, que fue traducida a las más prestigiosas lenguas de ambos hemisferios. Y su autor fue reconocido y admirado por los lectores comunes y celebrado por los intelectuales e inquirido por los periodistas y emulado por los escritores y solicitado por los presidentes de las repúblicas y besado por las reinas de la belleza y distinguido, a los escasos cincuenta y cinco años de su edad, con el Premio Nobel de Literatura. Parecería que en su propia vida se realizaran las hipérboles que su ingente imaginación había producido en su literatura. Pero sobre todo fue querido, muy querido, como era su deseo y el más hondo de sus propósitos de escritura, por quienes hemos habitado sus páginas y al reconocernos en ellas por fin hemos sabido quiénes somos.

Con García Márquez la literatura latinoamericana cumple una función que no había desarrollado ca-



Tarsila do Amaral, *El pescador*, 1925



Tarsila do Amaral, *Morro da favela*, 1924



Tarsila do Amaral, *Feira*, 1924

balmente a lo largo de su historia, la función épica, que subyace en la novela moderna —“la epopeya de un mundo abandonado por los dioses”, como la definió Lukács—, y que en nuestro continente, “novela sin novelistas”, no se había ejercido a plenitud, antes del siglo xx, más que en los relatos cosmogónicos prehispánicos y en las crónicas de la Conquista.

En *Cien años de soledad*, García Márquez organiza nuestra más amplia y más profunda realidad, la que se remonta a nuestros mitos fundacionales y la que explica la esencia de nuestras luchas libertarias y de nuestras grandes convulsiones sociales. No lo hace reproduciendo la *microhistoria* —para usar el término acuñado por Luis González— de una determinada localidad tropical, sino creando una población emblemática que acrisola todos los elementos que han constituido la historia de nuestro continente y que nos hacen partícipes de la cultura universal. Gracias a *Cien años de soledad*, América Latina por fin cuenta con su propia Biblia, en la que se relata nuestra historia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, con sus éxodos y sus plagas, sus maldiciones y sus esperanzas, sus transformaciones y sus recurrencias; cuenta con su *Popol Vuh* mestizo y continental; cuenta, en fin, con su *Quijote*, porque, como ocurre en la obra cervantina, el retrato de la realidad es más preciso, más incisivo, más veraz en la medida en que más generosos son los atributos de la imaginación del que la mira.

La incorporación en el texto narrativo de diversos elementos, que en principio pertenecen al ámbito de lo imaginario —lo insólito, lo fantástico o, más precisamente, lo maravilloso—, puede reflejar la realidad referencial de una manera más amplia y más profunda que si el escritor se limitara a describirla “objetivamente”. Y es que lo maravilloso, como lo entendió Alejo Carpentier, es parte constitutiva de la realidad cultural de los pueblos. Es el espacio donde tienen cabida las creencias a través de las cuales las colectividades

se explican su mundo y en las que depositan su idiosincrasia y legitiman su conducta. Efectivamente, García Márquez no se restringe en *Cien años de soledad* a relatar, como lo hicieron numerosos escritores precedentes, las guerras civiles que han sacudido a los países latinoamericanos incluso desde antes de su independencia política, a denunciar las masacres perpetradas contra los trabajadores de las compañías trasnacionales o a registrar los percances derivados del aislamiento que sufren muchas de nuestras poblaciones. Antes bien, involucra los elementos “maravillosos” mediante los cuales la comunidad enfrenta semejantes hechos y en donde residen sus más profundas motivaciones. Los manuscritos de Melquíades predeterminan la fatalidad de la guerra, de la que el coronel Aureliano Buendía no se puede librar, aunque no sepa bien a bien ni por qué lucha ni cuáles son las diferencias entre los liberales y los conservadores que han devastado el país. La amnesia repentina, cuyo antecedente es la peste del insomnio, impide a los habitantes de Macondo recordar la matanza de los trabajadores que presenciaron, aterrado, José Arcadio Segundo cuando estalló la huelga en la compañía bananera, al tiempo que les impone la “verdad oficial” de que no hubo ni muertos ni masacre. Las innovaciones tecnológicas que irrumpen en la vida de Macondo (el daguerrotipo, con el cual José Arcadio Buendía pretende retratar a Dios; la dentadura postiza, que rejuvenece a Melquíades; el imán, que subleva hasta los clavos de las duelas, o el ferrocarril, “un asunto espantoso como una cocina arrastrando un pueblo”) son vistas como milagrosas mientras que los acontecimientos sobrenaturales, como la ascensión al cielo de Remedios, la bella, son asumidos con absoluta naturalidad.

A lo largo de *Cien años de soledad* se van borrando las fronteras entre lo real y lo maravilloso, al grado de que en varias ocasiones, como lo hemos visto, ambos estadios intercambian sus funciones y el prodigio se

asume como ordinario en tanto que la realidad cotidiana se escapa de las manos:

Era como si Dios hubiera resuelto poner a prueba toda capacidad de asombro, y mantuviera a los habitantes de Macondo en un permanente vaivén entre el alborozo y el desencanto, la duda y la revelación, hasta el extremo de que ya nadie podía saber a ciencia cierta dónde estaban los límites de la realidad.

Han transcurrido ya cincuenta años en compañía de *Cien años de soledad*. Ahora que he releído la novela de García Márquez por enésima vez para participar en esta mesa, ha persistido la emoción que me causó su primera lectura, mas no el azoro frente a los sucesos maravillosos que en ella se relatan. Los prodigios que hace cinco décadas suscitaron el asombro tanto de los críticos académicos como de los lectores comunes hoy se asumen, literariamente, como fenómenos ordinarios. No sorprende ya que una lluvia diluviana se prolongue durante cuatro años, once meses y dos días, ni que el agua hierva en los cazos sin el concurso del fuego, ni que un hilo de sangre recorra el pueblo entero para anunciarle a una mujer la intempestiva muerte de su hijo. No es que la novela haya perdido su pulsión primigenia con el paso de los años, qué va, sino que la obra de García Márquez ha incidido con tal fuerza en nuestra receptividad literaria que ya vemos con la naturalidad propia de los habitantes de Macondo semejantes prodigios. Lo que nos sorprende ahora, como a los macondinos, es el hielo, el ferrocarril o la redondez de la Tierra. Es decir, que García Márquez nos hizo ciudadanos de Macondo, nos “macondizó”, nos modificó como lectores y, de la misma manera que amplió, con su portentosa imaginación, nuestra percepción de la realidad, nos devolvió la capacidad poética e infantil del asombro ante la vida cotidiana.

Después de *Cien años de soledad* leí los libros anteriores de García Márquez, que cobraron la fuerza retroactiva de la promesa porque cada uno de ellos prefigura la imaginación hiperbólica, la extraordinaria riqueza del lenguaje y el inevitable aliento de melancolía que habrían de definir *Cien años de soledad*. Y cuando todos pensábamos que después de esta gran novela ya no podía escribirse nada equivalente, García Márquez nos sorprendió con *El otoño del patriarca*, en el que se juega la gran aventura del lenguaje y genera una catarata verbal irrefrenable, a la manera de Lezama Lima o Guimarães Rosa, que nos envuelve y nos atrapa tanto como el discurso del dictador que seduce a la población sometida a sus designios.

Tras la publicación de numerosos libros, algunos tan audaces como *Crónica de una muerte anunciada*,

que nos mantiene en suspenso, a pesar de que conocemos desde el principio de la novela su fatal desenlace, en plena madurez García Márquez nos vuelve a deslumbrar con otra gran novela, *El amor en los tiempos del cólera*. Aunque más extensa que *Cien años de soledad*, se refiere a una sola historia, que se cuenta morosamente para penetrar en los más oscuros recovecos del amor y desplegar la longevidad de todas sus potencias. Borges describió en dos imágenes lacónicas *La Ilíada* y *La Odisea*. En un solo verso de *Otro poema de los dones* da gracias “por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises”. Ciertamente, por la belleza de Elena se desencadena la guerra de Troya en el primero de los poemas homéricos y se da pie para relatar con toda amplitud las historias y las genealogías de troyanos y troyanos, los contubernios entre los dioses y los hombres y las demasiado humanas debilidades del Olimpo, mientras que toda *La Odisea* se concentra en las peripecias de Ulises desde que sale de Ítaca hasta que logra regresar al lado de la pacientísima Penélope. Pues bien, *Cien años de soledad* es a *La Ilíada* lo que *El amor en los tiempos del cólera* es a *La Odisea*. Las múltiples historias que se entretajan, se bifurcan y concurren en la estirpe de José Arcadio Buendía desde la fundación de Macondo hasta que el último de los Aurelianos descifra la última página de los pergaminos de Melquíades *versus* los avatares del amor constante de Fermina Daza y Florentino Ariza, que persevera a lo largo de toda la vida y no se arredra ni ante la vejez ni ante la muerte.

Al cabo de unos años salió a la luz el esperado volumen de sus memorias, *Vivir para contarla*. Entre la muchedumbre de sus recuerdos sobresale la historia de su vocación literaria, a la que se somete todo lo demás —la vida misma, que se explica, se justifica y se redime merced a la palabra que la nombra—. Una vocación tan fuerte, tan arraigada, tan profunda, que pudo sortear todas las dificultades que le salieron al paso y resistir todas las tentaciones disuasorias, desde la miseria, la intemperie, las presiones paternales, las embajadas maternales, la solidaridad familiar hasta la inmediatez del periodismo, la censura, las amenazas políticas y las veleidades del éxito. De tal manera García Márquez dispuso su vida entera al servicio de la vocación literaria que parecerían propias aquellas palabras con las que Ramón López Velarde definía su propio quehacer poético y con las que yo quisiera terminar esta historia de amistad y devoción: “Yo anhelo expulsar de mí —dijo el poeta de “La suave patria”— cualquier palabra, cualquier sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos”. **U**

Texto leído el 20 de abril de 2017 en la Sala Nezahualcóyotl del Centro Cultural Universitario en la Ciudad de México.

